

LA GRATUIDAD Y LA GENEROSIDAD UNA DINÁMICA EN SALIDA

Se trata de ponernos en camino, emprender una aventura, iniciar una peregrinación. A nivel personal tal movimiento está implicando una conversión de corazón, en el orden institucional un cambio de estructuras y como colectividad un compromiso de todos.

La conversión nos lleva a situarnos en nosotros mismos, en dar una mirada a nuestro barro y a saber desde el corazón qué sucede en mí, qué hace resistirme a este proceso de reestructuración. Se trata de ver y tomar conciencia de lo que me está anclando, aquello que bloquea y obstaculiza en mí una respuesta favorable a este proceso de reestructuración. ¿Qué sucede en mí para oponerme desde mi textura e interioridad a emprender esta caminata?, ¿por qué me opongo a explorar nuevos horizontes?, ¿qué impide en mí desplegar las alas para emprender el vuelo?

Haciéndome consciente de mi barro y de mi pecado, he de colocar los medios que me lleven a convertirme no por la fuerza de mi deseo o propia

voluntad, sino por la apertura del corazón a la acción de Dios. Es la acción del Espíritu en mí, quien hace abrirme, salir de mí para abrazar a los otros y lo otro, para dejarme, a su vez, abordar por los otros y lo otro. La conversión es un movimiento de salida de mí mismo que me descentra y desinstala, me desbloquea y me lleva a romper toda autoreferencialidad.

El cambio de estructuras hace referencia a nuestras comunidades locales y obras apostólicas. Muchas de ellas ancladas, estabilizadas y herméticas al paso del tiempo. Se resisten a desaparecer, a actualizarse, a dejarse interrogar por los nuevos retos y desafíos que nos vienen de la realidad actual, de los nuevos sujetos y las nuevas relacionalidades. Nos hemos acostumbrado a casas y edificios, a distribuciones y horarios, a normatividades y reglas, los cuales hemos maximizado con el paso del tiempo, engrandecido de forma artificial y dado *status* de tradición y esencialidad. Hoy, vienen a conformar los argumentos que impiden todo cambio, toda flexibilidad, toda renovación.

El cambio estructural se ve bloqueado por vidas concretas cuya presencia y fuerza congregacional impiden adelantar cualquier asomo de novedad. Hombres y mujeres que por distintas circunstancias y por la prolongación en el tiempo han adquirido un poder que les hace inamovibles, se creen necesarios para obras o comunidades siendo impedimento para cualquier cambio. A su vez, se han rodeado de personal,

familiares y amigos, que se convierten en aduladores y obstáculo para introducir y realizar las innovaciones que nuestras instituciones necesitan.

El cambio estructural está implicando realizar procesos de discernimiento que lleven a dar una mirada realista de valoración y evaluación, de globalización e inserción, de peritaje y ponderación que estén centrados en el carisma, la espiritualidad y la manera de contribuir a la misión de Dios, según los criterios evangélicos. Realismo, oración y libertad han de ser condiciones de posibilidad para estos procesos de discernimiento que deben dar la mayor participación a todos los miembros de nuestras comunidades y obras.

El compromiso, por hacer de nuestros institutos y congregaciones verdaderas comunidades con nueva vitalidad y obras que respondan con un renovado ímpetu a las exigencias de hoy, es un asunto de todos. No es un problema de las nuevas generaciones, no es asunto meramente de los que están en los estamentos de gobierno, no se trata solamente de aquellos que dirigen las obras. ¡Todos hemos de sentirnos implicados en la renovación!

El compromiso es un trabajo de cuerpo, de comunidad, de sabernos involucrados y responsables por la vida misma de nuestro carisma, espiritualidad y misión. Nos comprometemos no con mi idea, parecer o posición sino con la convicción de querer bus-

car y hallar lo que Dios quiere para realizar al interior y exterior de nuestra vida religiosa este proceso de revitalización y reestructuración que necesitamos.

Ponernos en salida está significando conversión, cambio y compromiso movimientos reales de peregrinación, dinámicas concretas a nivel personal, estructural y comunitario que implican sensibilidad y apertura, libertad y responsabilidad, acogida y reconocimiento, valentía y audacia para abrazar nuevos horizontes, nuevas formas y nuevas maneras de ser hoy una vida religiosa afincada en el espíritu de Jesucristo.